

PRÓLOGO

Carcasona

Llegó tarde.

Ya era de noche y no llevaba farol, pero el brillo refulgente de las llamas de la ciudad penetraba en la iglesia y proporcionaba luz suficiente para ver las losas de piedra de la profunda cripta, en la que el hombre golpeaba el suelo con una palanca de hierro.

Estaba arremetiendo contra una piedra grabada con un blasón que mostraba una copa rodeada por un cinturón con hebilla en el que ponía *Calix Meus Inebrians*. Unos rayos de sol tallados en el granito daban la impresión de que la copa irradiaba luz. El grabado y la inscripción estaban desgastados por el tiempo y el hombre no les había prestado mucha atención, aunque sí advirtió los gritos provenientes de los callejones que rodeaban a la iglesia.

Era una noche de fuego y sufrimiento, y se oían tantos gritos que ahogaban el ruido que él hacía al golpear el borde de la losa para desprender un poco la piedra y abrir un pequeño espacio por el que meter la larga palanca. Clavó la pvara de hierro en el suelo y se quedó inmóvil al escuchar unas risas y pasos arriba en la iglesia. Se escondió detrás de un arco y, al cabo de un instante, dos hombres bajaron a la cripta. Llevaban una antorcha encendida que iluminó el largo espacio abovedado, mostrando que allí no había ningún botín fácil. El altar de la cripta era de piedra común y corriente, la única decoración era una cruz de madera y ni siquiera había un candelabro. Uno de los hombres dijo algo en un idioma extraño, el otro se rio y volvieron a subir los dos a la nave, donde las llamas de las calles iluminaban las paredes pintadas y los altares profanados.

El hombre de la palanca de hierro llevaba una capa de color negro con capucha. Bajo esta, un hábito blanco manchado de tierra y ceñido con un cordón con tres nudos. Se trataba de un fraile predicador, un dominico, aunque esta noche esto no le prometía protección por parte del ejército que asolaba Carcasona.

Era un hombre alto y fuerte que antes de tomar los votos había sido hombre de armas. Había sabido clavar una lanza, tajar con una espada o matar con un hacha. Se había llamado sire Ferdinand de Rodez, pero ahora era simplemente fray Ferdinand. Antes había llevado cota de malla y armadura, había participado en torneos y había matado en combate, pero hacía quince años que era fraile y había rezado todos los días para que sus pecados fueran perdonados.

Ahora era viejo, tenía casi sesenta años, aunque seguía teniendo los hombros anchos. Había llegado a esta ciudad andando, pero las lluvias habían retrasado su viaje inundando los ríos y dejando los vados impracticables, y era por esto que había llegado tarde. Tarde y cansado. Hincó la palanca por debajo de la losa grabada y empujó otra vez, con miedo de que el hierro se doblara antes de que cediera la piedra, pero de pronto se oyó un chirrido áspero. El granito se alzó y se deslizó de lado, ofreciendo un pequeño hueco por el que acceder al interior.

El espacio estaba oscuro porque la luz de las llamas del diablo que quemaban la ciudad no llegaban a la tumba, de modo que el fraile se arrodilló junto al agujero oscuro y metió la mano. Encontró madera y volvió a arremeter con la palanca. Un golpe, dos, y esta se rompió. Rezó para que no hubiera un ataúd de plomo dentro del féretro. Dio un último golpe con la vara de hierro, introdujo los dedos y retiró del agujero unas astillas.

No había ataúd de plomo. Palpó el fondo de la tumba y encontró tela, que se desmenuzó al tocarla. Luego notó que rozaba un hueso. Sus dedos exploraron la cuenca vacía de un ojo, dientes que faltaban y descubrió la curva de una costilla. El hombre se tendió en el suelo para poder hundir más el brazo, buscó a tientas en la negrura y encontró algo sólido que no era hueso.

Pero no era lo que él buscaba, no tenía la forma adecuada. Era un crucifijo. De pronto sonaron unas fuertes voces arriba, en la iglesia. Un hombre se reía y una mujer sollozaba. El fraile se quedó inmóvil, escuchando y rezando.

Por un momento se desesperó al pensar que el objeto que buscaba no estaba en la tumba, pero alargó la mano tanto como pudo y sus dedos rozaron algo envuelto en una tela fina que no se desmenuzó. Hurgó en la oscuridad, agarró el lienzo y tiró de él. Había un objeto envuelto en el delicado tejido, algo pesado que se fue acercando poco a poco hasta que pudo asirlo bien para sustraerlo de las manos de hueso que lo habían estado aferrando. Lo sacó de la tumba y se puso de pie. No necesitaba desenvolverlo, sabía que había encontrado *la Malice*. Se giró hacia el sencillo altar, situado en el extremo este de la cripta, y se santiguó.

—Gracias, Señor —murmuró—. Gracias, San Pedro, y gracias, San Juniano. Y ahora mantenedme a salvo.

Iba a necesitar de la ayuda celestial para estar a salvo. Por un momento consideró esconderse en la cripta hasta que el ejército invasor abandonara Carcasona, pero eso podría llevar días y, además, en cuanto los soldados hubieran saqueado lo más fácil, abrirían las tumbas de la cripta para buscar anillos, crucifijos o cualquier otra cosa que pudieran vender por unas monedas. La cripta había protegido a *la Malice* durante un siglo y medio, pero sabía que a él no le brindaría más que unas horas de seguridad.

Fray Ferdinand abandonó la palanca y subió por las escaleras. *La Malice* era tan larga como su brazo y sorprendentemente pesada. En otro tiempo estuvo equipada con un mango, pero ahora solo quedaba la fina espiga metálica y era por ese toco asidero por donde la sujetaba. La espada seguía envuelta en lo que él creía que era seda.

La nave de la iglesia estaba iluminada por las llamas de las casas que seguían ardiendo en la plazuela exterior. Allí dentro había tres hombres, uno de ellos dio el alto a la figura con capa oscura que apareció por las escaleras de la cripta. Los tres eran arqueros. Sus arcos largos estaban apoyados en el altar pero, a pesar de la voz de alto, en realidad no estaban interesados en el

desconocido, solo en la mujer a la que tenían abierta de piernas sobre los peldaños del altar.

Por un instante fray Ferdinand estuvo tentado de rescatar a la mujer, pero entonces entraron otros cuatro o cinco hombres por una puerta lateral, gritando de alegría al ver el cuerpo desnudo estirado sobre los escalones. Ellos traían consigo a otra chica, que gritaba y se resistía, y el fraile se estremeció al escuchar su angustia. Oyó que le rasgaban la ropa, sus forcejeos, cómo se lamentaba y recordó sus propios pecados. Se santiguó. «Perdóname, Jesucristo», susurró, e incapaz de ayudar a las chicas, cruzó la puerta de la iglesia y salió a la pequeña plaza.

Las llamas devoraban los techos de paja y juncos, que ardían con intensidad y arrojaban chispas al viento nocturno. La humareda se retorció sobre la ciudad. Un soldado que vestía la cruz roja de San Jorge estaba vomitando en las escaleras de la iglesia y un perro se acercó corriendo a lamer el vómito.

El fraile se volvió en dirección al río con la esperanza de cruzar el puente y subir a la *Cité*. Creía que las murallas dobles, torres y almenas de Carcasona le protegerían, porque dudaba que aquel ejército devastador tuviera la paciencia de llevar a cabo un asedio.

Habían capturado el burgo, el barrio comercial situado al oeste del río, que en ningún caso había sido defendible. La mayoría de los negocios de la ciudad estaban en el burgo; las marroquinerías y platerías, los armeros, polleros y pañeros, pero dichas riquezas solo estaban rodeadas por un muro de tierra y el ejército había pasado por encima de esa endeble barrera en tropel, como un torrente. No obstante, la *Cité* de Carcasona era una fortaleza, una de las mayores de Francia; un bastión circundado por enormes torreones de piedra y muros imponentes. Allí estaría a salvo. Encontraría un lugar para esconder *la Malice* y esperaría hasta que pudiera devolvérsela a su dueño.

Anduvo lentamente y entró en una calle que no habían incendiado. Los soldados irrumpían en las casas utilizando martillos o hachas para destrozar las puertas.

Casi todos los ciudadanos habían huido a la *Cité*, pero algu-

nos insensatos se habían quedado allí, tal vez con la esperanza de proteger sus propiedades. El ejército había llegado con tanta rapidez que no hubo tiempo para llevarse todos los objetos valiosos al otro lado del puente, más allá de las grandes puertas que protegían la ciudadela de la cima. Había dos cadáveres tendidos en el arroyo central de la calle. Lucían en sus ropajes los cuatro leones de Armañac, eran ballesteros que habían muerto en la defensa del burgo.

Fray Ferdinand no conocía la ciudad. Intentó encontrar un camino oculto hasta el río a través de callejones sombríos y pasadizos estrechos. Pensó que Dios estaba con él, pues no se topó con ningún enemigo mientras se dirigía hacia el este a toda prisa. Cuando salió a una calle más ancha, intensamente iluminada por las llamas, vio el largo puente y, más allá, en lo alto de la colina, los muros de la *Cité*, contra los que se reflejaba el fuego. Las llamas que consumían el burgo teñían de rojo las piedras de la muralla. «Las murallas del Infierno», pensó el fraile, y una racha de viento nocturno arremolinó el humo, ocultando los muros como una máscara. Pero aún veía el puente y, en él, protegiendo el extremo oeste, había arqueros. Arqueros ingleses con la cruz roja en las túnicas y sus largos y mortíferos arcos. Con ellos estaban dos jinetes ataviados con cota de malla y casco.

«Es imposible cruzar», recapacitó. No había forma de llegar a la seguridad de la *Cité*. Se agachó para pensar y luego se encaminó de nuevo a los callejones. Iría hacia el norte.

Tuvo que cruzar una calle principal iluminada por nuevos incendios. Una cadena, una de las muchas que se habían tendido de un lado a otro de la calzada para contener a los invasores, estaba tirada en el arroyo, donde un gato lamía la sangre. Corrió bajo la luz del fuego, se metió en otro callejón y siguió avanzando a grandes zancadas. Dios aún estaba con él. Las chispas revoloteaban en una humareda que ocultaba las estrellas. Cruzó una plaza y se vio obstaculizado por un callejón sin salida. Volvió sobre sus pasos y se encaminó de nuevo hacia el norte. Una vaca bramaba en el interior de un edificio en llamas, un perro se cruzó por su camino con algo negro y empapado

entre los dientes. Pasó frente a una curtiduría y tuvo que saltar por encima de las pieles desparramadas por el adoquinado. Un poco más allá vio el risible terraplén que constituía la única defensa del burgo. Trepó por él y entonces escuchó un grito, miró atrás y vio a tres hombres que lo perseguían.

—¿Quién eres? —preguntó uno.

—¡Detente! —rugió otro.

El fraile no les hizo caso. Mientras corría cuesta abajo en dirección a la oscura campiña que se extendía más allá del montón de casitas construidas al otro lado del terraplén, una flecha que no lo alcanzó por un pelo y por la gracia de Dios pasó silbando junto a él. Torció por un pasadizo que discurría entre dos de las casitas. Pasó junto a un montón de estiércol, apestoso y humeante, y vio que el pasadizo terminaba en un muro. Dio media vuelta, pero los tres hombres le bloqueaban el paso. Sonreían.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó uno de ellos.

—*Je suis gascon* —contestó fray Ferdinand. Sabía que los invasores de la ciudad eran gascones e ingleses, pero él no hablaba inglés—. *¡Je suis gascon!* —repitió caminando hacia ellos.

—Es un fraile predicador —dijo uno de los hombres.

—¿Y por qué corría el condenado? —inquirió otro de los ingleses—. Tienes algo que ocultar, ¿verdad?

—Tráelo aquí —ordenó el tercero, tendiéndole la mano. Era el único que llevaba un arco encordado; los otros dos los llevaban colgados a la espalda y empuñaban espadas—. Vamos, idiota, dá-melo. —El hombre alargó la mano para coger *la Malice*.

El fraile les duplicaba la edad y, como eran arqueros, probablemente fueran el doble de fuertes, pero fray Ferdinand había sido un gran hombre de armas y no había perdido su habilidad con la espada. Y estaba enfadado. Enfadado por todo el sufrimiento que había visto y por las crueldades que había oído. El enojo lo volvía violento. «En nombre de Dios», exclamó, y levantó rápidamente *la Malice*. Todavía iba envuelta en seda, pero la hoja golpeó con fuerza la muñeca extendida del arquero, le cortó los tendones y le rompió el hueso.

Él la empuñaba por la espiga, que era un asidero peligroso,

pero la espada parecía estar viva en su mano. El hombre herido retrocedió sangrando. Sus compañeros rugieron de furia y arremetieron con sus espadas, pero el fraile paró los dos golpes, lanzó una estocada y *la Malice*, que aunque había permanecido más de ciento cincuenta años en una tumba resultó estar como recién afilada, atravesó el gambesón acolchado del más próximo de los hombres. Le abrió las costillas y penetró en un pulmón.

Antes de que el hombre se percatara siquiera de que lo habían herido, fray Ferdinand ya había desplazado la hoja de canto contra los ojos del tercer hombre. La sangre dio más luz al callejón. Los tres se retiraban, pero el fraile predicador no les dio la oportunidad de escapar. El que había quedado cegado tropezó y se cayó de espaldas sobre el montón de estiércol. Su compañero dio un golpe desesperado con su espada y *la Malice* lo interceptó y partió la espada inglesa en dos. El fraile movió rápidamente la hoja envuelta en seda, le cortó la garganta al arquero y notó que la sangre le salpicaba la cara. «¡Qué caliente! —pensó—. Y que Dios me perdone». Un pájaro chilló en la oscuridad y las llamas que se alzaban del burgo rugieron.

Acabó con los tres arqueros y luego usó el envoltorio de seda para limpiar la hoja de *la Malice*. Consideró rezar una breve oración por los hombres que acababa de matar, pero decidió que no quería compartir el Cielo con semejantes bestias. Lo que hizo en cambio fue besar *la Malice* antes de registrar los tres cadáveres. Encontró unas monedas, un pedazo de queso, cuatro cuerdas de arco y un cuchillo.

La ciudad de Carcasona ardía y llenaba de humo la noche de invierno.

Y el fraile predicador caminó rumbo al norte. Volvía a casa, a la torre.

Llevaba consigo *la Malice* y el destino de la cristiandad.

Y desapareció en la negrura.

Los hombres llegaron a la torre cuatro días después de que Carcasona hubiese sido saqueada.

Eran dieciséis, todos ellos con capas de lana gruesa de primera calidad y buenas monturas. Quince de ellos llevaban cota de malla y espadas al cinto, en tanto que el jinete restante era un sacerdote que portaba con un halcón encapuchado posado en la muñeca.

El crudo viento que soplaba en el desfiladero erizaba las plumas del halcón, sacudía los pinos y atizaba el humo de las casitas del pueblo situadas por debajo de la torre. Hacía frío. En aquella parte de Francia rara vez nevaba, pero al echar un vistazo por debajo de la capucha negra de su capa, el sacerdote creyó ver unos copos en el viento.

En las proximidades de la torre aún podían verse unos muros derrumbados, prueba de que el lugar había sido una fortaleza, pero lo único que quedaba del viejo castillo era la atalaya y un edificio bajo con techo de paja, donde tal vez vivieron los criados. Los pollos escarbaban en el polvo y una cabra atada con una cuerda miraba a los caballos, en tanto que un gato hacía caso omiso de los recién llegados. Lo que una vez fuera una pequeña y magnífica fortaleza que vigilaba el camino de las montañas, ahora era una granja. Aunque el sacerdote se fijó en que la torre aún estaba en buen estado y que el pequeño pueblo de la hondonada parecía bastante próspero.

Un hombre salió corriendo de la cabaña con techo de paja e hizo una profunda reverencia a los jinetes. No se inclinó porque los reconociera, sino porque los hombres armados con espada inspiraban respeto.

—¿Señores? —preguntó el hombre con inquietud.

—Guarece a los caballos —exigió el sacerdote.

—Paséalos primero —añadió uno de los hombres con cota de malla—, paséalos, cepíllalos y no dejes que coman demasiado.

—Señor —dijo el hombre, y se inclinó de nuevo.

—¿Esto es Mouthoumet? —preguntó el sacerdote mientras desmontaba.

—Sí, padre.

—¿Y tú sirves al señor de Mouthoumet? —inquirió el clérigo.

—Al conde de Mouthoumet, sí, señor.

—¿Está vivo?

—Alabado sea Dios, padre, está vivo.

—Alabado sea Dios, en efecto —dijo el sacerdote con indiferencia.

A continuación se dirigió con paso resuelto a la puerta de la torre, que estaba en lo alto de un corto tramo de escaleras de piedra. Llamó a dos de los hombres con cota de malla para que lo acompañaran y al resto les ordenó que esperaran en el patio.

Empujó la puerta para abrirla y se encontró en una habitación amplia y circular que se utilizaba para guardar leña. De las vigas del techo colgaban jamones y manojos de hierbas. Una escalera subía por una mitad de la pared, y el sacerdote, que no se molestó en anunciarse ni esperar a que un sirviente lo recibiera, subió los peldaños hasta el piso superior, donde había una chimenea en la pared. Allí ardía un fuego, aunque casi todo el humo se arremolinaba en la redonda habitación porque el viento frío volvía a empujarlo por el conducto.

Los antiguos tablones de madera del suelo estaban cubiertos por alfombras raídas y sobre dos cofres de madera ardían unas velas porque, aunque fuera era de día, las dos ventanas de la habitación estaban tapadas con unas mantas para evitar las corrientes de aire. Sobre una mesa había dos libros, unos cuantos pergaminos, un tintero, un manajo de plumas, un cuchillo y un viejo peto oxidado que servía de cuenco a tres manzanas arrugadas. Junto a la mesa reposaba una silla, mientras que el conde de Mouthoumet, señor de aquella torre solitaria, yacía en una cama cerca del fuego llameante. Un sacerdote de cabellos grises estaba sentado a su lado y había dos mujeres mayores arrodilladas a los pies de la cama.

—Marchaos —ordenó a los tres el recién llegado. Los dos hombres con cota de malla subieron las escaleras tras él y su torva presencia pareció llenar el espacio.

—¿Quién sois? —preguntó el sacerdote de pelo cano con nerviosismo.

—He dicho que os marchéis, de modo que obedeced.

—¡Se está muriendo!

—¡Fuera!

El viejo sacerdote, que llevaba un escapulario al cuello, abandonó los santos óleos y siguió a las dos mujeres abajo. El moribundo observó a los recién llegados, pero no dijo nada. Tenía el pelo largo y blanco, la barba sin cortar y los ojos hundidos. Vio que el visitante dejaba el halcón en la mesa y las garras del animal rechinaron contra la madera.

—Es *une calade* —explicó el cura.

—¿*Une calade*? —preguntó el conde en voz muy baja. Miró el plumaje gris pizarra del pájaro y su pecho con manchas pálidas—. Es demasiado tarde para una *calade*.

—Debéis tener fe.

—He vivido más de ochenta años —replicó el conde— y tengo más fe que tiempo.

—Tenéis tiempo suficiente para esto —afirmó el clérigo con seriedad. Los dos hombres con cota de malla permanecían junto a la escalera sin decir nada. La *calade* emitió un sonido semejante a un maullido, pero cuando el sacerdote chasqueó los dedos el pájaro encapuchado se quedó inmóvil y callado—. ¿Os han dado el sacramento?

—El padre Jacques estaba a punto de hacerlo —respondió el moribundo.

—Lo haré yo —anunció.

—¿Quién sois?

—Vengo de Aviñón.

—¿Del Papa?

—¿De quién si no? —preguntó el sacerdote, que se paseó por la habitación, examinándola.

El anciano lo observó. Vio a un hombre alto de expresión severa que vestía unos hábitos hechos a medida con tela de muy buena calidad. Cuando el visitante levantó la mano para tocar el crucifijo que colgaba de la pared, se le abrió la manga y dejó al descubierto el forro de seda roja. El conde conocía ese tipo de sacerdote, duro y ambicioso, rico e inteligente, de los que no atendían a los pobres, sino que ascendían por la jerarquía cleri-

cal y se codeaban con los ricos y privilegiados. El sacerdote se dio la vuelta y sus ojos verdes le miraron con dureza.

—Decidme, ¿dónde está *la Malice*?

El anciano vaciló un segundo de más.

—¿*La Malice*?

—Decidme dónde está —exigió el sacerdote que, al ver que el viejo no respondía, añadió—: Vengo de parte del Santo Padre. Os ordeno que me lo digáis.

—No conozco la respuesta —susurró el conde—, ¿cómo voy a decíroslo?

Un leño crepitó en el fuego y escupió chispas.

—Los frailes predicadores han estado difundiendo herejías —anunció el visitante.

—Dios no lo quiera —replicó el noble.

—¿Las habéis escuchado?

El conde negó con la cabeza.

—Últimamente oigo muy poco, padre.

El cura metió la mano en una bolsa que llevaba colgando de la cintura y sacó un retazo de pergamino.

—Los Siete Señores Oscuros la poseían —leyó en voz alta—, y están malditos. Aquel que deba gobernarnos la encontrará y será bendecido.

—¿Esto es herejía?

—Es un versículo que los frailes predicadores van recitando por toda Francia. ¡Por toda Europa! Solo existe un hombre que haya de gobernarnos, y es el Santo Padre. Si *la Malice* existe, vuestro deber cristiano es decirme lo que sabéis. ¡Hay que entregársela a la Iglesia! Quien piense lo contrario es un hereje.

—Yo no soy un hereje —protestó el hombre.

—Vuestro padre era un Señor Oscuro.

El conde se estremeció.

—Los pecados de mi padre no son míos.

—Y los Señores Oscuros poseían *la Malice*.

—Se cuentan muchas cosas sobre los Señores Oscuros.

—Protegían los tesoros de los herejes cátaros —continuó exponiendo el sacerdote—, y cuando, por la gracia de Dios, dichos

herejes fueron expulsados de la tierra mediante el fuego, los Señores Oscuros tomaron sus tesoros y los escondieron.

—Eso he oído. —La voz del conde era apenas un susurro.

El religioso alargó la mano y acarició el lomo al halcón.

—*La Malice* —dijo— ha estado perdida muchos años, pero los frailes predicadores dicen que se puede encontrar. ¡Y hay que encontrarla! ¡Es un tesoro de la Iglesia, un objeto de poder! ¡Es un arma para traer el reino de Cristo a la Tierra, y vos la ocultáis!

—¡No la oculto! —protestó el moribundo.

El clérigo se sentó en la cama y se inclinó para acercarse al conde.

—¿Dónde está *la Malice*? —preguntó.

—No lo sé.

—Estáis muy cerca del juicio de Dios, anciano, de modo que no me mintáis.

—En nombre de Dios, no lo sé.

Y era cierto. Había sabido dónde se escondía pero, por miedo a que los ingleses la descubrieran, había enviado a su amigo, fray Ferdinand, a recuperar la reliquia. Suponía que el fraile lo había hecho. Por lo tanto, si fray Ferdinand había tenido éxito, él no sabía dónde estaba *la Malice*. Así pues, no había mentado pero tampoco había contado toda la verdad al sacerdote. Hay secretos que uno debe llevarse a la tumba.

El religioso se quedó mirando al conde largamente y luego alargó la mano izquierda para tomar las pihuelas del halcón. El pájaro, que seguía encapuchado, subió con cuidado a la muñeca de su dueño. Este lo llevó hasta la cama e hizo que se posara en el pecho del moribundo, tras lo cual desató los cordones de la caperuza de cuero del pájaro y se la quitó de la cabeza.

—Esta *calade* —explicó— es distinta. No revela si viviréis o moriréis, sino si moriréis en un estado de gracia e iréis al Cielo.

—Rezo para que así sea —repuso el moribundo.

—Mirad al pájaro —ordenó.

El conde de Mouthoumet levantó la mirada hacia el halcón. Había oído hablar de estas aves, las *calades*, que podían predecir

la muerte o la vida de una persona. Si el pájaro miraba directamente a los ojos de un enfermo, esa persona se recuperaría, pero si no, moriría.

—¿Un pájaro que conoce la eternidad?

—Miradlo —exigió el sacerdote— y decidme, ¿sabéis dónde está escondida *la Malice*?

—No —susurró el anciano.

El ave, que parecía estar mirando a la pared, se movió sobre el pecho del enfermo y aferró la manta raída con las garras. Nadie dijo nada. El pájaro estaba muy quieto pero, de pronto, lanzó la cabeza hacia abajo y el conde soltó un grito.

—Silencio —gruñó el cura.

El animal había clavado su pico ganchudo en el ojo del moribundo y se lo había destrozado, dejando un rastro gelatinoso y ensangrentado en su mejilla sin afeitar. El conde gimoteaba. El halcón hizo ruido con el pico cuando el sacerdote lo movió y lo colocó más abajo en la cama.

—La *calade* me dice que mentís —afirmó el sacerdote—, y ahora, si deseáis conservar el ojo derecho, me diréis la verdad. ¿Dónde está *la Malice*?

—No lo sé.

El cura se quedó un rato en silencio. El fuego crepitaba y el viento hacía entrar el humo en la habitación.

—Estáis mintiendo —declaró—. La *calade* me dice que mentís. Escupís a Dios y a sus ángeles a la cara.

—¡No! —protestó el hombre.

—¿Dónde está *la Malice*?

—¡No lo sé!

—Vuestro apellido es Planchard —adujo el clérigo en tono acusador— y los Planchard siempre fueron unos herejes.

—¡No! —replicó el conde que, con voz más débil, preguntó entonces—: ¿Quién sois?

—Podéis llamarme padre Calade —respondió el interpe-lado—, y soy el hombre que decide si vais al Cielo o al Infierno.

—Pues confesadme —suplicó el anciano.

—Preferiría lamerle el culo al diablo —replicó el padre Calade.

Al cabo de una hora, cuando el conde estaba ciego y lloraba, el sacerdote se convenció al fin de que el anciano no sabía dónde estaba escondida *la Malice*. Hizo subir al halcón a su muñeca, le volvió a poner la caperuza y, a continuación, hizo una seña con la cabeza a uno de los hombres con cota de malla.

—Envía a este viejo idiota con su amo.

—¿Con su amo? —preguntó el hombre de armas, desconcertado.

—Con Satanás —contestó.

—¡Por el amor de Dios! —suplicó el conde de Mouthoumet, que se sacudió inútilmente cuando el hombre de armas le tapó la cara con una almohada de plumas.

El anciano tardó un rato sorprendentemente largo en morir.

—Nosotros tres regresamos a Aviñón —anunció el religioso a sus acompañantes—, pero los demás se quedan aquí. Decidles que registren este lugar. ¡Que lo echen abajo! Piedra a piedra.

El padre Calade cabalgó hacia el este, rumbo a Aviñón. Aquel mismo día, más tarde, cayó un poco de nieve fina que blanqueó los olivos del valle que había bajo la torre.

A la mañana siguiente la nieve había desaparecido y, una semana después, llegaron los ingleses.

PRIMERA PARTE

Aviñón

1

El mensaje llegó a la ciudad pasada la medianoche y lo trajo un monje joven que había realizado el viaje desde Inglaterra. Había partido de Carlisle en agosto acompañado por otros dos hermanos. Los tres se dirigían a la casa cisterciense de Montpellier donde el hermano Michael, el más joven de todos, iba a aprender medicina y los demás estudiarían en la famosa Escuela de Teología. Habían recorrido toda Inglaterra a pie. Después zarparon de Southampton rumbo a Burdeos, desde donde caminaron tierra adentro. Como a todos los viajeros que emprenden un largo viaje, les habían confiado algunos mensajes. Había uno para el abad de Puys, donde el hermano Vincent había muerto de disentería. Después, Michael y su compañero continuaron hasta Toulouse, donde el hermano Peter cayó enfermo, lo habían enviado al hospital y, por lo que Michael sabía, aún seguía allí. Así pues, ahora el joven monje estaba solo y nada más le quedaba un mensaje por entregar; un pedazo de pergamino maltrecho. Le dijeron que si no viajaba aquella misma noche podría no encontrar al hombre al que iba dirigido.

—*Le Bâtard* —le había explicado el abad de Paville— se mueve con rapidez. Estuvo aquí hace dos días, ahora está en Villon, pero mañana ¿quién sabe?

—¿*Le Bâtard*?

—Así le llaman por aquí —repuso el abad, que hizo la señal de la cruz, lo cual sugería que el joven monje inglés tendría suerte si sobrevivía a su encuentro con el hombre al que llamaban de ese modo.

En aquellos momentos, después de un día de camino, el her-

mano Michael contemplaba el valle desde la ciudad de Villon. Le había resultado fácil encontrarla porque, al caer la noche, unas llamas iluminaron el cielo y le sirvieron de almenara. Los fugitivos con los que se cruzaba por el camino le dijeron que Villon estaba ardiendo, de modo que el hermano Michael se limitó a caminar hacia el intenso fuego para poder encontrar a *le Bâtard* y entregar así su mensaje.

Atravesó el valle con nerviosismo al ver que el fuego se retorció por encima de los muros de la ciudad y llenaba la noche de una agitada humareda que se volvía rojiza allí donde las llamas se reflejaban. El joven monje pensó que el Cielo de Satanás debía de tener ese mismo aspecto.

Los fugitivos seguían abandonando la ciudad; le aconsejaron que diera media vuelta y huyera porque los demonios del Infierno andaban sueltos por Villon. Él estuvo tentado de hacerlo, muy tentado, pero otra parte de su joven alma tenía curiosidad; nunca había presenciado una batalla. Nunca había visto lo que hacían los hombres cuando daban rienda suelta a la violencia, de manera que siguió andando y depositó su fe en Dios y en el sólido bastón de peregrino que llevaba consigo desde Carlisle.

Los incendios se concentraban en torno a la puerta oeste y sus llamas iluminaban la mole del castillo que coronaba la colina del este. Era el castillo del señor de Villon, así se lo había contado el abad de Paville, y el señor de Villon estaba siendo asediado por un ejército dirigido por el obispo de Lavence y el conde de Labrouillade, que juntos habían contratado al grupo de mercenarios que dirigía *le Bâtard*.

—¿Cuál es el motivo de su disputa? —había preguntado al abad.

—Tienen dos motivos —respondió este, que hizo una pausa para dejar que un criado le sirviera vino—. El señor de Villon confiscó un carro de pieles que pertenecía al obispo. O al menos eso dice el obispo. —Hizo una mueca, pues el vino era nuevo y áspero—. La verdad es que Villon es un granuja impío y al prelado le gustaría tener otro vecino. —Se encogió de hombros, como si reconociera que la causa de la disputa era trivial.

—¿Y el segundo motivo?

El abad había hecho otra pausa.

—Villon se llevó a la esposa del conde de Labrouillade —admitió al fin.

—Ah. —El hermano Michael no sabía qué más decir.

—Los hombres son pendencieros —había dicho el superior—, pero las mujeres siempre los hacen peores. ¡Mira Troya! ¡Todos esos hombres muertos por una cara bonita! —Observó al joven monje inglés con expresión severa—. Las mujeres trajeron el pecado a este mundo, hermano, y nunca han dejado de hacerlo. Da gracias de que eres un monje y has jurado mantener el celibato.

—Demos gracias a Dios —había corroborado, aunque sin mucha convicción.

Y ahora la ciudad de Villon estaba llena de casas ardiendo y de gente muerta; todo por una mujer, su amante y una carreta llena de pieles.

El hermano Michael se aproximó a la ciudad por el camino del valle, cruzó un puente de piedra y llegó así a la entrada oeste de Villon, donde se detuvo porque las puertas habían sido arrancadas de la piedra del arco por una fuerza tan enorme que no podía imaginarse qué podría haber hecho algo semejante. Los goznes eran de hierro forjado y se habían acoplado a la puerta mediante unas escuadras más largas que el báculo de un obispo, más anchas que la mano de un hombre y gruesas como un pulgar. Sin embargo ahora las dos hojas de la puerta colgaban torcidas, la madera estaba quemada y astillada y los sólidos goznes arrancados y abarquillados de forma grotesca.

Era como si el mismísimo diablo hubiera hundido su puño monstruoso en el arco para abrirse paso hasta la ciudad. El hermano Michael se santiguó.

Cruzó poco a poco la entrada ennegrecida por el fuego y se detuvo otra vez porque, nada más atravesar el arco, había una casa ardiendo y, en la puerta de enfrente, el cuerpo de una joven yacía boca abajo, desnudo, con la piel pálida y vetas de

sangre, que parecían negras a la luz del fuego. La miró y frunció un poco el ceño, preguntándose por qué la forma de la espalda de una mujer era tan excitante. Enseguida se avergonzó de haber pensado eso. Se santiguó otra vez. Aquella noche el diablo estaba por todas partes, pensó, pero sobre todo en aquella ciudad en llamas, bajo las nubes del Infierno que el fuego parecía rozar.

Dos hombres, uno con una cota de malla hecha jirones y el otro con un holgado jubón de cuero, ambos armados con cuchillos largos, se acercaron a la mujer muerta. Al ver al monje, se alarmaron y se dieron la vuelta con rapidez, con los ojos muy abiertos y listos para atacar, pero cuando reconocieron el mugriento hábito blanco y vieron la cruz de madera que colgaba de su cuello, salieron corriendo en busca de víctimas más ricas. Un tercer soldado vomitó en el arroyo. Una viga de la casa en llamas se derrumbó, arrojando una bocanada de aire caliente y chispas.

Siguió caminando calle arriba, manteniéndose a distancia de los cadáveres. Un hombre, sentado junto a una tina que recogía el agua de lluvia, intentaba cortar la hemorragia de una herida que tenía en el vientre. Él había sido ayudante en la enfermería de su monasterio y se acercó al soldado herido.

—Puedo vendároslo —le dijo, al tiempo que se arrodillaba, pero el hombre herido soltó un gruñido y arremetió contra él con un cuchillo que esquivó solo porque se hizo a un lado tirándose al suelo. Se puso de pie apresuradamente y retrocedió.

—Quítate el hábito —exclamó el herido, que intentó seguirle, pero él echó a correr cuesta arriba. El hombre se desplomó de nuevo escupiendo maldiciones—. ¡Vuelve aquí! —gritó—. ¡Vuelve!

Encima del jubón de cuero, el hombre llevaba un gambesón con un ave de presa dorado sobre un campo rojo. El hermano Michael que, aturdido, intentaba encontrar sentido al caos que veía en todas partes, cayó en la cuenta de que ese pájaro dorado era un esmerejón, el símbolo de los defensores de la ciudad, y

que la intención del hombre herido era la de escapar utilizando su hábito de monje para disfrazarse. En cambio, lo atraparon dos soldados con los colores verde y blanco, que le cortaron el cuello.

Algunos hombres llevaban un distintivo que mostraba un báculo de obispo de color amarillo rodeado por cuatro cruces recrucetadas negras; supuso que eran los soldados del obispo, en tanto que las tropas que lucían el caballo verde sobre un campo blanco debían de servir al conde de Labrouillade. Sin embargo, casi todos los muertos llevaban el esmerejón dorado y se fijó en que muchos de esos cadáveres estaban ensartados por unas largas flechas inglesas que tenían unas plumas blancas manchadas de sangre.

La batalla había pasado por aquella parte de la ciudad dejándola en llamas. El fuego saltó de un tejado de juncos a otro, mientras que en los lugares donde aún este no había llegado, una horda de soldados borrachos e indisciplinados saqueaba y violaba en medio de la humareda.

Un bebé lloraba, una mujer chillaba y un ciego, cuyos ojos no eran más que unas cuencas ensangrentadas, salió tambaleándose de un callejón y chocó con él. El hombre se encogió, gimoteando, y alzó las manos para parar el golpe que se esperaba.

—No te haré daño —le dijo en francés, un idioma que había aprendido siendo novicio a fin de estar capacitado para terminar su educación en Montpellier, pero el ciego no le hizo caso y se fue calle abajo dando traspiés.

En algún lugar cantaba un coro, lo cual era una incongruencia en medio de tanta sangre, humo y gritos, y él se preguntó si estaría soñando, pero las voces eran reales. Tan reales como las mujeres que chillaban, los niños que sollozaban y los perros que ladraban.

Avanzaba con cautela porque los callejones eran oscuros y los soldados salvajes. Pasó por delante de una tenería en la que ardía un fuego y vio a un hombre al que habían ahogado en una cuba de orina utilizada para curtir las pieles. Luego llegó a una pequeña plaza decorada con una cruz de piedra, donde lo atacó

por la espalda un bruto barbudo que llevaba la librea del obispo. El monje recibió un empujón que lo tiró al suelo y el agresor se inclinó para cortarle la bolsa que llevaba colgando de su cinturón de cuerda. «¡Déjame! ¡Déjame!».

El hermano Michael fue presa del pánico, olvidó dónde estaba y gritó en inglés. El soldado sonrió ampliamente y movió el cuchillo amenazando sus ojos, pero entonces abrió los suyos desmesuradamente con expresión horrorizada. Un chorro de sangre oscureció la noche iluminada por las llamas y el hombre cayó al suelo lentamente. La sangre le salpicó, vio que su atacante tenía el cuello atravesado por una flecha. El hombre se ahogaba, agarraba la flecha y empezaba a temblar y a sangrar por la boca abierta.

—¿Sois inglés, hermano? —preguntó una voz en dicho idioma. Al levantar la vista, Michael vio a un hombre con librea oscura en la que aparecía una insignia blanca cruzada en diagonal por la barra de bastardía—. ¿Sois inglés? —repitió el hombre.

—Soy inglés —logró responder.

—Deberíais haberle dado un puñetazo —afirmó el recién llagado, que recogió su bastón y luego le ayudó a ponerse de pie—. Un puñetazo fuerte y se hubiera caído al suelo. Estos cabrones están todos borrachos.

—Soy inglés —repitió el hermano Michael. Estaba temblando. Notaba la calidez de la sangre fresca en la piel. Se estremeció.

—Y estáis harto lejos de casa, hermano —repuso el hombre. Llevaba un gran arco de guerra colgado de sus musculosos hombros. Se agachó junto al agresor del monje, sacó un cuchillo y cortó la flecha para sacársela de la garganta, matándolo durante el proceso—. Son difíciles de conseguir —explicó—, por eso intentamos recuperarlas. Si veis alguna, recogedla.

Michael se sacudió el hábito blanco y miró la insignia que su salvador llevaba en el gambesón. Representaba un animal extraño que sujetaba una copa entre las garras.

—Servís a... —empezó a decir.

—A *le Bâtard* —lo interrumpió el hombre—. Somos el *hellequin*, hermano.

—¿El *hellequin*?

—Las almas del diablo —respondió el arquero con una sonrisa burlona—. ¿Y qué diantre hacéis vos aquí?

—Tengo un mensaje para vuestro señor, *le Bâtard*.

—Pues vayamos a buscarle. Me llamo Sam.

El nombre le quedaba bien al arquero, que poseía unos rasgos juveniles y alegres y una pronta sonrisa. Ambos pasaron junto a una iglesia que él y otros dos miembros del *hellequin* habían estado vigilando, ya que era un refugio para algunos de los habitantes de la ciudad.

—*Le Bâtard* no aprueba la violación —explicó Sam.

—No debería —respondió debidamente Michael.

—Puede que tampoco apruebe la lluvia —añadió el arquero alegremente, y lo llevó a una plaza más grande en la que aguardaban media docena de jinetes con las espadas desenvainadas. Llevaban cota de malla y casco y todos vestían la librea del obispo. Y detrás de ellos estaba el coro; una veintena de muchachos que cantaban un salmo. «*Domine eduxisti*», cantaban, «*de inferno animam meam vivificasti me ne descenderem in lacum*».

—Él sabrá lo que significa esto —dijo Sam al tiempo que se daba unos golpecitos en la insignia, con lo que estaba claro que se refería a *le Bâtard*.

—Significa que Dios ha sacado nuestras almas del Infierno —explicó el hermano Michael—, nos ha dado la vida y evita que descendamos al abismo.

—Es todo un detalle por parte de Dios —comentó el arquero. Dirigió una somera inclinación a los jinetes llevándose la mano al casco—. Ese es el obispo —explicó, y el hermano Michael vio a un hombre alto, con un casco de acero que enmarcaba su rostro moreno, montado en su caballo bajo una bandera que mostraba el báculo y las cruces—. Está esperando a que seamos nosotros los que luchemos —explicó—. Todos hacen lo mismo. Venid a luchar con nosotros, dicen, y luego se ponen todos como una cuba mientras nosotros somos los que matamos. De todos

modos, nos pagan para eso. Tened cuidado por aquí, hermano, se pone peligroso. —Se quitó el arco del hombro, condujo al monje por un callejón y, al llegar a la esquina, se detuvo. Se asomó—. Muy peligroso —añadió.

El hermano Michael, fascinado y repelido a partes iguales por la carnicería que reinaba por todas partes, se asomó junto a Sam y descubrió que habían llegado a la parte alta de la ciudad y que estaban al borde de un gran espacio abierto, un mercado tal vez, en cuyo extremo más alejado había un camino cortado en la negra roca que conducía a la entrada del castillo.

De la torre de entrada, iluminada por las llamas de la ciudad situada a sus pies, colgaban unas grandes banderas. En algunas de ellas se reclamaba la ayuda de los santos, en tanto que otras mostraban la insignia del esmerejón dorado. Un dardo de ballesta golpeó contra el muro cerca de donde él estaba y saltó por los adoquines del callejón.

—Si capturamos el castillo mañana al atardecer —dijo Sam mientras ponía una flecha en la cuerda—, doblamos nuestras ganancias.

—¿Las dobláis? ¿Por qué?

—Porque mañana es el día de Santa Bertille —respondió Sam—, y la esposa del que nos ha contratado se llama Bertille, de modo que la caída del castillo demostrará que Dios está de nuestro lado y no del de la mujer.

Al hermano Michael le pareció una teología discutible, pero no se lo cuestionó.

—¿Es la esposa que se fugó?

—Y no la culpo. El conde es un cerdo, un maldito cerdo, pero el matrimonio es el matrimonio, ¿no es cierto? Se helará el Infierno antes de que las mujeres puedan elegir marido. Aun así, esa mujer me da pena, casada con ese cerdo. —Tensó el arco a medias, dobló la esquina, buscó un objetivo y, como no encontró ninguno, retrocedió—. La cuestión es que la pobre está allí dentro —continuó diciendo— y el cerdo nos paga para que la saquemos de ahí a toda prisa.

El hermano Michael atisbó por la esquina y retrocedió de golpe cuando la luz del fuego se reflejó en un par de saetas de ballesta que se estrellaron en la pared junto a él, rebotaron y cayeron al callejón.

—¿Sois un tipo con suerte, eh? —dijo Sam alegremente—. Los cabrones me vieron, apuntaron, y luego os asomasteis vos. Ahora mismo podríais estar en el Cielo si esos inútiles supieran disparar.

—Nunca sacaréis a la dama de este lugar —opinó el padre Michael.

—¿Ah, no?

—¡Es demasiado fuerte!

—Somos el *hellequin* —declaró Sam—, lo cual significa que a la pobre muchacha le queda más o menos una hora con su amante. Espero que el tipo se la esté tirando a base de bien para que lo recuerde.

No lo vio nadie, pero Michael se ruborizó. Las mujeres le suponían un problema. Durante la mayor parte de su vida la tentación no había importado porque, recluido en la casa cisterciense, rara vez veía a una mujer, pero el viaje desde Carlisle había tapizado su camino con un millar de serpientes del diablo.

En Toulouse, una puta lo había agarrado por detrás, lo había acariciado, él se la había quitado de encima y, temblando de vergüenza, se hincó de rodillas. El recuerdo de la risa de esa mujer era como un latigazo en el alma, lo mismo que los recuerdos de todas las chicas a las que había visto, a las que había mirado y en las que había pensado. Al recordar la blanca piel desnuda de la chica de la puerta de la ciudad supo que el diablo volvía a tentarlo. Estaba a punto de decir una plegaria para obtener fuerzas, cuando un zumbido lo distrajo y vio que una lluvia de saetas de ballesta caía sobre el mercado. Algunas de ellas golpearon contra los adoquines e hicieron saltar unas chispas brillantes, y él se preguntó por qué disparaban los defensores, pero entonces se dio cuenta de que los hombres con capa oscura corrían desde todos los callejones para alinearse en el espacio abierto. Eran ar-

queros, que empezaron a soltar flechas contra las altas almenas. Bandadas de flechas. No eran los dardos cortos metálicos empendolados con tiras de cuero de los ballesteros, sino largos proyectiles ingleses con plumas blancas, que se alzaban silenciosas hacia lo alto del muro impulsadas por los grandes arcos de tejo con sus cuerdas de cáñamo, emitiendo una nota aguda con cada disparo. Las flechas temblaban al abandonar la cuerda, luego las plumas atrapaban el aire y se elevaban como vetas blancas en la oscuridad mientras la luz del fuego se reflejaba en las puntas de acero.

El monje se fijó en que las saetas de los defensores, tan numerosos hacía un momento, de pronto eran más dispersas. Los arqueros estaban inundando de flechas a los defensores del castillo, obligando a los ballesteros a permanecer agachados tras el parapeto de la muralla mientras el enemigo disparaba contra las aspilleras de las torres de los flancos. El sonido de las puntas de acero al chocar contra los muros del castillo era como el del granizo sobre los adoquines. Un arquero cayó hacia atrás con un virote clavado en el pecho, pero fue la única baja que vio el monje entre los atacantes. Luego oyó las ruedas.

—Echaos hacia atrás —le advirtió Sam, y según se metía en el callejón, un carro pasó ruidosamente junto a él. Era un carro pequeño, lo bastante ligero para que pudieran empujarlo seis hombres, pero ahora pesaba más porque, aparte de ir cargado con barriles pequeños de madera, en la parte delantera y en los lados, para resguardar a los hombres que lo empujaban, llevaba clavados diez grandes paveses; esos escudos altos como un hombre creados para proteger a un ballestero mientras recargaba su arma, pesada y difícil de manejar.

—Mucho menos de una hora —anunció Sam, que salió a la calle en cuanto el carro hubo pasado. Tensó el gran arco y lanzó una flecha hacia la puerta del castillo.

Todo estaba extrañamente silencioso. El hermano Michael había esperado una batalla ruidosa, había esperado oír a los hombres implorando a Dios por sus almas, escuchar gritos de

miedo o de dolor, pero lo único que llegaba a sus oídos eran los chillidos de las mujeres en la parte baja de la ciudad, el crepitar de las llamas, el sonido musical de los arcos, el retumbo de las ruedas del carro sobre los adoquines y el traqueteo de flechas y saetas contra la piedra.

Michael miraba asombrado mientras Sam seguía disparando sin dar la impresión de apuntar, solo lanzando un proyectil tras otro contra las almenas del castillo.

—Es una suerte que podamos ver —comentó Sam, y soltó otra flecha.

—¿Os referís a las llamas?

El carro ya había llegado a la entrada del castillo. Se detuvo allí, una sombra negra bajo el arco oscuro, donde él vio surgir el parpadeo de una luz que se desvaneció, se avivó y se convirtió después en un brillo apagado y constante mientras los seis hombres que habían empujado el carro corrían de vuelta hacia los arqueros. Uno de ellos cayó, sin duda alcanzado por un virote de ballesta. Otros dos lo agarraron por los brazos y lo arrastraron, y fue entonces cuando él vio por primera vez a *le Bâtard*.

—Ese es él —anunció Sam con cariño—. Nuestro condenado bastardo.

El hermano Michael vio a un hombre alto, vestido con un camisote de malla con cinturón, que se había pintado de negro. Llevaba unas botas altas, una vaina negra y como casco, un simple bacinete negro como su armadura. Utilizaba la espada desenvainada para indicar a una docena de hombres de armas que avanzaran y formaran en línea en el espacio abierto con los escudos solapados. Miró hacia el hermano Michael, que vio que *le Bâtard* tenía la nariz rota y una cicatriz en la mejilla, pero también observó la fuerza de su rostro, cierto salvajismo, y entendió por qué el abad de Paville había hablado de aquel hombre con asombro. Había esperado que *le Bâtard* fuera mayor y se sorprendió de que aquel soldado de armadura negra pareciera tan joven. Entonces *le Bâtard* vio a Sam.

—Creía que estabas vigilando la iglesia, Sam —le dijo.

—Poxface y Johnny siguen allí —repuso Sam—, pero he traído a este tipo a verte. —Señaló al hermano Michael con un gesto de la cabeza.

El monje avanzó un paso y sintió toda la fuerza de la mirada de *le Bâtard*. De pronto se puso nervioso y se le secó la boca de miedo.

—Tengo un mensaje para vos —tartamudeó—, es de...

—Después —lo interrumpió *le Bâtard*.

Un criado le había traído un escudo, por el que pasó el brazo izquierdo, y a continuación se volvió a mirar al castillo.

El castillo que, de repente, vomitaba humo y llamas. El humo era negro y rojo, veteado por las lenguas de fuego que lo atravesaban, y la noche se llenó de un estruendo retumbante que hizo que el hermano Michael se agachara atemorizado. Pedazos de escombros llameantes atravesaban la oscuridad y el aire caliente salía con fuerza por la boca del callejón. El ruido de la explosión resonó y su eco volvió a escucharse desde el otro extremo del valle, mientras el humo envolvía el espacio abierto. Los pájaros anidados en las hendiduras del muro del castillo alzaron el vuelo en medio de la humareda y el fuego prendió una de las grandes banderas, que pedía la ayuda de San José, y que empezó a arder contra las almenas.

—Pólvora —explicó Sam lacónicamente.

—¿Pólvora?

—Nuestro bastardo es un cabrón muy listo —dijo el arquero—. La pólvora echa abajo las puertas con rapidez, ¿no es verdad? Pero es cara, claro está. El cerdo sin esposa tuvo que pagar el doble si quería que utilizáramos la pólvora. ¡Debe de desear mucho a esa zorra para pagar tanto! Espero que esa condenada lo valga.

El hermano Michael vio unas pequeñas llamas que parpadeaban en la espesa humareda del arco. Comprendió entonces por qué la entrada de la ciudad parecía haber sido destrozada, ennegrecida y arrancada por el puño del diablo. *Le Bâtard* había entrado a la ciudad por la fuerza utilizando pólvora y había repetido el truco para volar las enormes puertas de madera del castillo.

Ahora conducía a sus veinte hombres de armas hacia los escombros.

—¡Arqueros! —gritó otro hombre. Y los arqueros, incluido Sam, siguieron a los soldados hacia la puerta.

Avanzaron en silencio, cosa que también resultaba terrorífica. El hermano Michael pensó que aquellos hombres, con su librea blanca y negra, habían aprendido a vivir con calma y a luchar sin compasión en el oscuro valle de la muerte. Ninguno de ellos parecía estar borracho. Eran disciplinados, eficientes y aterradores.

Le Bâtard desapareció en la humareda. Se oían gritos procedentes del castillo, pero el monje no veía lo que estaba sucediendo allí, aunque era evidente que los atacantes estaban dentro, puesto que en aquellos momentos los arqueros irrumpían en tropel por el arco humeante de la puerta. Los siguieron más hombres; hombres que llevaban las insignias del obispo y del conde y que iban en busca de más botín en la fortaleza doblegada.

—Podría ser peligroso —advirtió Sam al joven monje.

—Dios está con nosotros —respondió él, maravillándose de la intensa excitación que sentía. Tan intensa, que estaba sujetando su bastón de peregrino como si fuera un arma.

Visto desde el callejón, el castillo daba la impresión de ser grande, pero mientras cruzaba la puerta chamuscada a empujones, vio que era mucho más pequeño de lo que le había parecido. No tenía muralla exterior y la torre del homenaje no era gran cosa, sino simplemente la entrada y otra torre alta, separadas por un pequeño patio en el que una docena de ballesteros de librea roja y dorada yacían moribundos.

Había uno al que la explosión de la puerta lo había destripado y, aunque tenía los intestinos desparramados por las piedras del patio, aún vivía y gemía. Él se detuvo para brindarle un poco de ayuda, pero retrocedió de un salto cuando Sam, con una tranquilidad que de tan despreocupada pareció despiadada, le cortó el cuello.

—¡Lo habéis matado! —exclamó horrorizado.

—Pues claro que lo he matado —replicó Sam alegremente—.

¿Qué queríais que hiciera? ¿Que le diera un beso? Espero que alguien haga lo mismo por mí si me encuentro en ese estado.

Limpió la sangre de su cuchillo corto. Un defensor gritó y cayó del parapeto de la torre de entrada, en tanto que otro descendió tambaleándose por las escaleras y se desplomó al llegar abajo.

Tras el último peldaño había una puerta que no se había defendido, o quizá el coraje de los defensores se había desvanecido cuando la puerta principal estalló hacia dentro, por la que los hombres de *le Bâtard* entraron en tropel a la torre. El hermano Michael los siguió y se dio la vuelta al oír una trompeta.

Una cabalgada, todos vestidos de verde y blanco, se abría paso a la fuerza por la puerta del castillo utilizando las espadas para apartar de su camino a sus propios hombres. En medio del grupo de jinetes, protegido por sus armas, iba un hombre inmensamente gordo, con armadura de malla y placas, montado en un caballo enorme. Se detuvieron a los pies de la escalera e hicieron falta cuatro hombres para ayudar al gordo a bajar de la silla y mantenerse de pie.

—Su señoría el cerdo —anunció Sam con sarcasmo.

—¿El conde de Labrouillade?

—Uno de nuestros patronos —respondió Sam—. Y he ahí al otro. —El obispo y sus hombres habían entrado por la puerta detrás del conde, y Sam y Michael se arrodillaron mientras los dos caudillos subían las escaleras y entraban en la torre.

Ambos siguieron a los hombres del obispo hasta la cámara de entrada, subieron un tramo de escalones bajos y entraron en un salón enorme; un espacio alto con columnas, iluminado por una docena de antorchas humeantes y adornado con tapices que mostraban el esmerejón dorado sobre un fondo rojo.

En el salón ya había por lo menos sesenta hombres, que retrocedieron arrastrando los pies para dejar que el conde de Labrouillade y el obispo de Lavence se dirigieran lentamente a la tarima, en la que dos de los hombres de *le Bâtard* sujetaban de rodillas al señor derrotado. Detrás de ellos estaba la figura alta de armadura negra y rostro inexpresivo de *le Bâtard* en persona y, a su lado, una joven con vestido rojo a la que no sujetaba nadie.